

A continuación encontrarás una muestra del libro
«Pies de ciervas en los lugares altos - Serie Favoritos» del
autor Hannah Hurnard.

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/pies-de-ciervas-en-los-lugares-altos>

Para mayor información puedes comunicarte con
nosotros por el correo info@editorialunilit.com



CONTENIDO



Prefacio de la alegoría	7
PRIMERA PARTE: «Por la noche durará el lloro»	
Capítulo 1	
Invitación a los Lugares Altos.	13
Capítulo 2	
Invasión de temor	29
Capítulo 3	
Vuelo en la noche	41
Capítulo 4	
En marcha hacia los Lugares Altos	47
Capítulo 5	
Encuentro con Orgullo	61
Capítulo 6	
Desvío a través del desierto	69
Capítulo 7	
En las costas de Soledad	81
Capítulo 8	
En el Viejo Muro del Mar	93
Capítulo 9	
El gran Precipicio de la Injuria.	103

Capítulo 10	
Ascenso al Precipicio de la Injuria	117

Capítulo 11	
En los bosques de Peligro y Tribulación	127

Capítulo 12	
En la Niebla	139

Capítulo 13	
En el Valle de la Pérdida	152

Capítulo 14	
El Lugar de la Unción	163

Capítulo 15	
Las Inundaciones	177

Capítulo 16	
Sepultura en las Montañas	189

SEGUNDA PARTE: «A la mañana vendrá la alegría»

Capítulo 17	
Manantiales de Sanidad	197

Capítulo 18	
Pies de ciervas.	203

Capítulo 19	
Los Lugares Altos.	213

Capítulo 20	
Regreso al Valle.	223



El SEÑOR Dios

es mi fortaleza;

Él ha hecho mis pies

como los de las ciervas,

y por las alturas

me hace caminar.

HABACUC 3:19, LBLA





PRIMERA PARTE

«Por la noche durará el lloro»

(Salmo 30:5, RV-60)

CAPÍTULO UNO



INVITACIÓN A LOS LUGARES ALTOS

Esta es la historia de cómo Miedosa huyó de sus familiares Temerosos y se fue con el Pastor a los Lugares Altos, donde el «perfecto amor echa fuera el temor».

Durante varios años, Miedosa estuvo al servicio del Rey Pastor, cuyo inmenso rebaño pastoreaba en el Valle de la Humillación. Ella vivía con sus amigas y compañeras de trabajo Misericordia y Paz en una blanca y tranquila cabañita en el pueblo Mucho Temblor. A Miedosa le encantaba su trabajo y deseaba de todo corazón agradar al Rey Pastor, pero a pesar de lo feliz que era en muchos aspectos, era consciente de varias cosas que le impedían su trabajo y que en secreto le causaban mucha angustia y vergüenza.

En primer lugar era una lisiada, con los pies tan torcidos que a menudo la hacían cojear y tropezar durante su trabajo.

También tenía el horrible defecto de una boca torcida que le desfiguraba muchísimo la expresión y el habla, y era tristemente consciente de que esos feos defectos debían ser una causa de espanto y ofensa a muchos que sabían que estaba al servicio del gran Pastor.

Lo que más anhelaba era liberarse por completo de esas imperfecciones y que fuera hermosa, gentil y fuerte como lo eran muchos de los demás trabajadores del Pastor, y sobre todo ser como el mismo Rey Pastor. Sin embargo, temía que no hubiera la liberación de esas dos incapacidades deformantes y que tuvieran que continuar arruinando siempre su servicio.

Había, no obstante, otro e incluso mayor problema en su vida. Era un miembro de la Familia de Temerosos, y sus parientes estaban diseminados por todo el valle, de modo que en realidad nunca lograría huir de ellos. Como era huérfana, la habían llevado al hogar de su tía, la pobre Sra. Pesimista, con sus dos primas Tenebrosa y Rencorosa, y su hermano Malicioso, un gran pendenciero que casi siempre la perseguía de una manera en verdad terrible.

Como la mayoría de las demás familias que vivían en el Valle de la Humillación, todos los Temerosos odiaban al Rey Pastor y trataban de boicotear a sus siervos y, como es natural, era una gran ofensa para ellos que uno de su propia familia entrara a su servicio. Por consiguiente, mediante amenazas y persuasiones, hacían todo lo posible por sacar a Miedosa de su empleo. Entonces, un espantoso día le pusieron delante la decisión final de la familia de que se tenía que casar de inmediato con su primo Malicioso e instalarse

entre su propio pueblo. La amenazaron con usar la fuerza y obligarla, en caso de que se negara a hacer esto de forma voluntaria.

La pobre Miedosa estaba, por supuesto, abrumada de horror ante la simple idea, pero sus parientes siempre la aterrorizaban y ella nunca aprendía a resistir ni a pasar por alto sus amenazas. Así que simplemente se sentó sobrecogida de espanto ante ellos, repitiendo una y otra vez que nada la induciría a casarse con Malicioso, a pesar de que era bastante incapaz de huir de su presencia.

La desdichada entrevista, por lo tanto, duró un gran tiempo. Cuando al fin la dejaron por un rato, ya era casi de noche. Con una oleada de alivio, Miedosa recordó que el Rey Soberano guiaría más tarde a su rebaño hasta su acostumbrado lugar junto a una preciosa cascada y a un estanque en las afueras del pueblo. A este lugar tenía el hábito de ir bien temprano en la mañana para reunirse con Él y saber sus deseos y órdenes para el día, y de nuevo por las tardes para dar su informe del trabajo realizado. Ahora era el momento de reunirse con Él allí junto al estanque, y sentir la seguridad de que la ayudaría y no permitiría que sus parientes la secuestraran y la obligaran a dejar su servicio por la espantosa esclavitud del matrimonio con Malicioso.

Estremecida aún con el temor y sin detenerse a limpiar las lágrimas de su rostro, Miedosa cerró la puerta de la cabañita y se encaminó a la cascada y el estanque.

La quietud de la luz del atardecer llenaba el Valle de la Humillación con un brillo dorado cuando ella dejaba el pueblo y comenzaba a cruzar los campos. Más allá del río, las

montañas que limitaban el lado este del Valle como elevadas murallas, ya estaban teñidas de rosa, y sus profundos desfiladeros estaban llenos de encantadoras y misteriosas sombras.

A través de la quietud y la paz de esta tranquila tarde, la pobre y aterrorizada Miedosa llegó al estanque donde el Pastor la esperaba y le contó su terrible compromiso.

—¿Qué haré? —dijo llorando cuando terminaba su relato—. ¿Cómo voy a huir? Ellos en realidad no pueden obligarme a casarme con mi primo Malicioso, ¿verdad?

»¡Ay! —lloró, sobrecogida de nuevo con solo pensar en tal posibilidad—, es lo suficiente terrible ser Miedosa para pensar en tener que ser la Sra. Miedosa de Malicioso por el resto de mi vida y nunca ser capaz de huir de tal tormento... esto es más de lo que puedo soportar.

—No temas —le dijo el Pastor con amabilidad—. Tú estás a mi servicio, y si confías en mí, ellos no serán capaces de obligarte en contra de tu voluntad a entrar en alguna alianza familiar. Sin embargo, nunca debes permitir que tus parientes Temerosos entren a tu cabañita, pues son enemigos del Rey que te ha tomado para su servicio.

—Lo sé, ah, lo sé —sollozó Miedosa—, pero cada vez que me encuentro con alguno de mis parientes parece que pierdo todas mis fuerzas y simplemente no logro resistirlos, sin importar cuánto me esfuerce. Mientras viva en el Valle no puedo evitar tropezarme con ellos. Se encuentran en todas partes y ahora que están decididos a tenerme de nuevo bajo su poder, nunca me atrevería a salir sola de mi cabañita por temor a que me secuestren.

Mientras hablaba, levantaba sus ojos y miraba a través del Valle y el río a los hermosos picos de las montañas iluminados por el sol del atardecer, luego exclamó en un anhelo desesperado:

—¡Ah, si al menos lograra escapar de todo este Valle de la Humillación y marcharme a los Lugares Altos fuera por completo del alcance de los Temerosos y mis otros parientes!

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando, para su total asombro, el Pastor contestó:

—Hace mucho tiempo que esperaba escuchar que hicieras tal sugerencia, Miedosa. En realidad, para ti sería lo mejor abandonar el Valle por los Lugares Altos, y con gusto yo mismo te llevaría hasta allí. Las cuestas más bajas de esas montañas al otro lado del río son la frontera del Reino de mi Padre, el Dominio del Amor. Allí no existen temores de ningún tipo porque el “perfecto amor echa fuera el temor”.

Miedosa se le quedó mirando asombrada.

—¿Ir a los Lugares Altos y vivir allí? —exclamó—. ¡Ah, si al menos pudiera! Durante todos estos meses nunca me abandona ese anhelo. Pienso en esto día y noche, pero no es posible. Nunca lograría llegar allí. Soy demasiado coja.

Ella miraba sus malformados pies a medida que hablaba, y sus ojos de nuevo se llenaron de lágrimas, desesperación y autocompasión.

—Esas montañas son demasiado elevadas y peligrosas. Me han dicho que solo las ciervas y ciervos pueden andar por allí con seguridad.

—Es muy cierto que el ascenso a los Lugares Altos es difícil y peligroso —dijo el Pastor—. Tiene que ser así, a fin de que ningún enemigo del Amor logre ascender e invadir el

Reino. Allí no se permite de ninguna manera a nadie dañado ni imperfecto, y los habitantes de los Lugares Altos necesitan “pies de ciervas”.

»Yo mismo los tengo —añadió con una sonrisa—, y como un pequeño ciervo o un corzo puedo saltar por las montañas y andar por los montes con gran facilidad y placer.

»A pesar de todo, Miedosa, yo podría también hacer tus pies como los de las ciervas, y colocarte en los Lugares Altos. Entonces tu servicio a mí sería mucho más completo y estarías fuera del alcance de todos tus enemigos. Me encanta haberte escuchado decir que anhelas ir allí, pues, como te dije antes, estaba esperando que hicieras esa sugerencia. Entonces —añadió con otra sonrisa—, nunca te encontrarías de nuevo con Malicioso.

Miedosa se quedó mirándolo perpleja.

—Hacer mis pies como los de ciervas —repitió ella—. ¿Cómo es posible? ¿Y qué dirían los habitantes del Reino del Amor ante la presencia de una pequeña y maltrecha lisiada con una cara horrible y una boca retorcida, si nada dañado ni imperfecto puede habitar allí?

—Es cierto que te tendría que cambiar antes de que vengas a vivir a los Lugares Altos —dijo el Pastor—, pero si estuvieras dispuesta a ir conmigo, te prometo que te ayudaría a desarrollar los pies de ciervas. Allá arriba en las montañas, a medida que te acercas a los verdaderos Lugares Altos, el aire es fresco y estimulante. Fortalece todo el cuerpo y allí están los arroyos con maravillosas propiedades curativas, de modo que quienes se bañan en ellos descubren que desaparecen todos sus defectos e imperfecciones.

»Sin embargo, hay otra cosa que debo decirte. No solo tendría que hacer tus pies como los de cierva, sino que tendrías que recibir otro nombre, pues sería imposible para una Miedosa, así como para cualquier otro miembro de la familia de los Temerosos, entrar en el Reino del Amor. ¿Deseas cambiar por completo, Miedosa, y ser semejante al nuevo nombre que recibirás si te conviertes en una ciudadana del Reino del Amor?

Ella asintió con la cabeza y luego dijo con muchísima emoción:

—Sí, lo deseo.

Una vez más Él sonrió, pero añadió con gravedad:

—Hay todavía una cosa más, la más importante de todas. A nadie se le permite morar en el Reino del Amor a menos que ya esté brotando la flor del Amor en su corazón. ¿Tienes plantado el Amor en tu corazón, Miedosa?

Cuando el Pastor decía esto, la miraba con mucha insistencia. Ella se daba cuenta de que sus ojos estaban buscando en lo más profundo de su corazón y comprendía que Él conocía mejor que ella todo lo que había allí. Miedosa guardó silencio un gran rato, pues no sabía con certeza qué decir, así que miró más bien con vacilación a los ojos que la observaban de un modo tan penetrante y se percató de que tenían el poder de reflejar lo que consideraban.

Por lo tanto, no veía en realidad su corazón como Él lo veía, de modo que después de una larga pausa contestó:

—Creo que lo que está creciendo allí es un gran anhelo por experimentar el gozo del amor natural y humano, y aprender a amar muchísimo a la única persona que me amará a cambio.

Aun así, ¿es posible que a pesar de lo bueno y natural que parezca ese deseo no sea el Amor del que estás hablando? —se detuvo y luego añadió con sinceridad y casi temblando—: Pastor, veo que en mi corazón crece el anhelo, pero no creo que sea el tipo de Amor del que estás hablando, al menos, nada como el amor que veo en ti.

—Entonces, ¿me permitirías que ahora plante allí la semilla del verdadero Amor? —preguntó el Pastor—. Te tomará algún tiempo para desarrollar los pies de cierva y escalar los Lugares Altos, y si ahora pongo la semilla en tu corazón, ya habrá florecido cuando llegues allí.

Miedosa retrocedió.

—Tengo miedo —dijo—. Me han dicho que si uno en verdad ama a alguien le da a ese ser amado el poder de que nos dañe y cause dolor como ningún otro es capaz de hacerlo.

—Eso es cierto —asintió el Pastor—. Amar significa concederle uno mismo la autoridad al ser amado y llegar a ser muy vulnerable al dolor, y tú le tienes mucho miedo al dolor, Miedosa, ¿no es así?

Ella asintió con tristeza y luego dijo con mucha vergüenza:

—Sí, tengo muchísimo miedo.

—Aun así, el que ama es muy feliz —dijo el Pastor con voz queda—. Da mucha alegría amar aun si no te aman a cambio. Hay dolor también, sin duda, pero el Amor no piensa que esto sea muy importante.

Miedosa pensó de repente que Él tenía los ojos más pacientes que ella había visto jamás. Al mismo tiempo, había algo en ellos que hería su corazón, aunque sin saber por qué.

Así que sobrecogida aún de temor, dijo (pronunciando con rapidez las palabras porque le daba vergüenza decirlas):

—Nunca me atrevería a dar amor a menos que estuviera segura de que me amaran a cambio. ¿Si te permito que plantes la semilla del Amor en mi corazón me prometerías que me amarían a cambio? De otra manera, no sería capaz de sobrellevarlo.

La sonrisa que le dirigió entonces fue la más amable y bondadosa que jamás ella había visto, aunque una vez más, y por la misma indefinible razón que la vez anterior, la hirió en lo más vivo.

—Sí —dijo Él, sin dudar—, te prometo, Miedosa, que cuando la planta del Amor esté lista para florecer en tu corazón y cuando tú estés preparada para el cambio de tu nombre, serás amada a cambio.

Un estremecimiento de gozo la recorrió de pies a cabeza. Parecía demasiado maravilloso para creerse, pero el mismo Pastor fue el que hizo la promesa, y de una cosa estaba bastante segura, Él no mentiría.

—Por favor, planta el Amor en mi corazón ahora —dijo ella con timidez.

Pobre pequeña alma, era todavía Miedosa aun cuando se le prometía la mayor cosa en el mundo.

El Pastor puso la mano en su pecho, sacó algo hacia delante y lo dejó en la palma de su mano. Luego extendió su mano hacia Miedosa.

—He aquí la semilla del Amor —dijo.

Miedosa se inclinó para mirar, luego dio un pequeño grito de espanto y retrocedió. Sin duda, había una semilla en la

palma de su mano, pero tenía la misma forma de una larga y afilada espina. A menudo, Miedosa había notado que las manos del Pastor tenían cicatrices y heridas, pero ahora vio que la cicatriz en la palma de la mano que le ofrecía tenía la misma forma y tamaño de la semilla del Amor que estaba a su lado.

—La semilla parece muy afilada —dijo ella sobrecogida de espanto—. ¿No me herirá si la pones en mi corazón?

—Es tan aguda que se desliza con rapidez —contestó Él con amabilidad—. Sin embargo, Miedosa, ya te advertí que el Amor y el Dolor van juntos, al menos por un tiempo. Si conocieras el Amor, debieras conocer también el dolor.

Miedosa miró la espina y retrocedió. Luego observó el rostro del Pastor y repitió las palabras que le dijo.

—Cuando la semilla del Amor en tu corazón esté lista para florecer, serás amada a cambio —y un extraño y nuevo valor entró en ella. Avanzó de repente, dejó al descubierto su corazón y dijo—: Por favor, planta la semilla aquí en mi corazón.

Su rostro se iluminó con una sonrisa de alegría y le dijo con una nota de gozo en su voz:

—Ahora serás capaz de ir conmigo a los Lugares Altos y ser una ciudadana del Reino de mi Padre.

Entonces Él presionó la espina en su corazón. Era cierto, tal y como se lo dijo, causó un agudo dolor, pero penetró con rapidez y luego, de repente, una dulzura como nunca antes imaginó se apoderó de ella. Era agridulce, pero la dulzura era la más fuerte. Miedosa pensó en las palabras del Pastor: «El que ama es muy feliz», y de repente sus pálidas y descoloridas mejillas se iluminaron de rosa y brillaron sus

ojos. Por un momento, Miedosa no parecía temerosa en lo absoluto. La torcida boca estaba relajada en un gesto feliz y los brillantes ojos y rosadas mejillas la hacían casi hermosa.

—Gracias, gracias —gritó y se arrodilló a los pies del Pastor—. Qué bueno eres. Cuán paciente eres. No hay nadie en el mundo tan bueno ni amable como tú. Iré contigo a las montañas. Confiaré en que tú harás mis pies como los de cierva, y me pondrás, incluso a mí, sobre los Lugares Altos.

—Yo estoy aun más contento que tú —dijo el Pastor—, y ahora en verdad actúas como si ya hubiera cambiado tu nombre. Aun así, hay una cosa más que debo decirte. Yo mismo te llevaré al pie de las montañas, de modo que no habrá peligro de tus enemigos. Después de eso, dos compañeras especiales que escogí te guiarán y ayudarán mientras tus pies sigan lisiados y mientras solo puedas cojear y andar despacio.

»No me verás siempre, Miedosa. Como te dije, estaré saltando por las montañas y andando por los montes, y al principio no serás capaz de acompañarme ni de mantenerte conmigo. Sin embargo, debes recordar que en cuanto alcances las laderas de las montañas hay un maravilloso sistema de comunicación de una punta a la otra del Reino del Amor, y te escucharé cada vez que hables conmigo. Siempre que clames por ayuda, te prometo venir a ti de inmediato.

»Al pie de las montañas estarán esperando por ti mis dos siervas que escogí para que sean tus guías. Recuerda, yo mismo las escogí, con mucho cuidado, como las dos más capaces de ayudarte y asistirte en desarrollar los pies de cierva. Las aceptarás con gozo y les permitirás que sean tus ayudadoras, ¿no es así?

—Ah, sí —contestó ella al instante, sonriéndole con gusto—. Por supuesto, estoy muy segura de que tú sabes lo mejor y que cualquier cosa que decidas es buena.

Luego añadió gozosa:

—Me siento como si nunca fuera a sentir temor de nuevo.

No solo miró con mucha bondad a la pequeña pastora que acababa de recibir la semilla del Amor en su corazón y se estaba preparando para ir con Él a los Lugares Altos, sino también con total comprensión. La conocía de pies a cabeza, en todo el intrincado laberinto de su solitario corazón, mucho mejor de lo que se conocía ella misma. Nadie comprendía mejor que Él, que llegar a ser semejante a un nuevo nombre es un largo proceso, pero no dijo esto. Miró con cierta ternura piadosa y compasión a las enrojecidas mejillas y los brillantes ojos que con tanta rapidez transformaron la apariencia de la sencilla y pequeña Miedosa.

—Ahora debes ir a casa y hacer los preparativos para la partida —le dijo después—. No tienes que llevar nada contigo, solo deja todas las cosas en orden. No comentes esto con nadie, pues el viaje a los Lugares Altos debe hacerse en secreto. Ahora no te puedo decir con exactitud cuándo vamos a comenzar el viaje a las montañas, pero será pronto, y tú debes estar preparada para seguirme en cualquier momento que venga a tu cabaña y te llame. Te daré una señal secreta. Cuando pase por la cabaña, cantaré una de las canciones del Pastor con un mensaje especial para ti. Cuando lo escuches, ven enseguida y sígueme al lugar de la cita.

Luego, cuando el sol ya se había ocultado con un resplandor rojo y dorado, las montañas del este estaban ahora

cubiertas de brumas malvas y grises, y se extendían las sombras, Él se volvió y guió a su rebaño hacia los corrales de las ovejas.

Miedosa giró su rostro en dirección a casa, con su corazón lleno de felicidad y entusiasmo y sintiendo aún como si nunca más fuera a tener temor. Mientras regresaba por los campos, cantaba uno de los cantos de un viejo himnario que a menudo usaba el Pastor. Nunca antes le pareció tan dulce, tan apropiado.

*La canción de amor al Rey es «cantar de los cantares»,
No hay ningún gozo en la tierra que a él se le compare.
Su nombre es como el unguento que se derrama a raudales
Perfuma todo a su paso y las doncellas lo saben.*

*Atráeme hacia ti, oh dueño de mi corazón,
Vamos a correr felices, por el valle del amor.
Oh, llévame Rey amado, dice mi dulce canción,
Celebremos con gran fiesta, quita todo mi dolor.*

*No noten que soy morena porque el sol ya me quemó;
No me miren con desprecio, pues con manchas y maltrecha,
A esta marginada desecha, el Rey la buscó y amó.
El Amor me hará perfecta, no lo olviden, por favor.
(Cantares 1:1-6)*

Caminó cantando a través del primer campo e iba a mitad de camino en el siguiente cuando de repente vio al mismo Malicioso que venía hacia ella. Pobre Miedosa:

durante un poco de tiempo había olvidado por completo la existencia de sus espantosos parientes, y ahora aquí estaba el más temible y detestable de todos ellos que andaba arrastrando los pies hacia ella. Su corazón se llenó de un terrible pánico. Miró a izquierda y derecha, pero no había ningún lugar para ocultarse. Además, era demasiado obvio que en realidad venía a encontrarse con ella, pues en cuanto la vio apresuró su paso y en uno o dos minutos estuvo a su lado.

Con un horror que enfermaba su mismo corazón escuchó decirle: «Bueno, al fin estás aquí, primita Miedosa. Conque vamos a casarnos, eh, ¿qué piensas de eso?», y la puso en un aprieto, al parecer de una manera juguetona, pero lo suficiente maliciosa para hacer que se quedara sin aliento y se mordiera los labios a fin de contener un grito de dolor.

Se apartó de él y se estremeció de terror y repugnancia. Era lamentable, pero esta fue la peor cosa que debió haber hecho, pues siempre fue obvio que su temor lo envalentonaba para continuar atormentándola. Si solo lo hubiera pasado por alto, pronto se habría cansado de hacer bromas y de su compañía, y se habría ido a deambular en busca de otra presa. Durante toda su vida, sin embargo, Miedosa nunca fue capaz de desestimar al Temor. Ahora iba más allá de sus fuerzas ocultar el espanto que sentía.

Su pálido rostro y aterrorizados ojos enseguida surtieron el efecto de estimular el deseo de Malicioso de causarle tormento. Aquí estaba ella, sola y a total merced de él. Le echó mano y la pobre Miedosa articuló un aterrador grito de espanto y dolor. En ese momento Malicioso perdió el control y se acobardó.

El Pastor se les había acercado sin que se dieran cuenta y se paró junto a ellos. Una ojeada a su severo rostro y fulgurantes ojos y al grueso garrote del Pastor en su fuerte mano en alto fue más que suficiente para el matón. Malicioso se escabulló como un derrotado canalla, corriendo en verdad de la aldea en vez de ir hacia allá, sin saber a dónde iba, impulsado solo por el instinto, a fin de encontrar un lugar seguro.

Miedosa rompió en llanto. Por supuesto, tenía que haber sabido que Malicioso era un cobarde y que si solo alzaba su voz y llamaba al Pastor, habría huido al instante. Ahora sus ropas estaban desgarradas y desordenadas, y sus brazos magullados por el apretón del bravucón, aunque eso era lo menos que la angustiaba. Estaba sobrecogida de vergüenza porque actuó demasiado rápido de acuerdo a su antiguo nombre y naturaleza, lo cual esperaba que ya había comenzado a cambiar.

Parecía imposible pasar por alto a los Temerosos, mucho menos resistirlos. No se atrevió a mirar al Pastor, pero si lo hubiera hecho así, habría visto con qué compasión la observaba. No se daba cuenta que el Príncipe del Amor es «muy tierno y compasivo con los que tienen temor». Al igual que todos los demás, suponía que Él la despreciaba por sus tontos temores, de modo que musitó un avergonzado «gracias».

Entonces, aún sin mirarlo, avanzó con dificultad hacia el pueblo, llorando con amargura a medida que se marchaba y diciéndose una y otra vez: «¿De qué sirve pensar siquiera en ir a los Lugares Altos? Nunca los alcanzaría, pues la más mínima cosa es suficiente para hacerme retroceder».

Sin embargo, cuando al fin llegó a la seguridad de la cabaña, comenzó a sentirse mejor, y después de tomarse una

taza de te y la cena de la noche, se recuperó tanto que fue capaz de recordar todo lo ocurrido allí junto a la cascada y el estanque. De repente recordó, con una sensación de asombro y deleite, que la semilla del Amor estaba plantada en su corazón. A medida que pensaba en esto, la misma dulzura casi irresistible, agrisulce e indefinible se apoderó de ella, aunque con el total y deleitoso éxtasis de una nueva felicidad.

«El que ama es feliz», se dijo la pequeña Miedosa y luego repitió: «El que ama es feliz». Después de poner en orden la cabaña para la noche, debido a que estaba cansada por completo con todas las contradictorias emociones de ese extraño día, se fue a la cama. Acostada allí antes de quedarse dormida, cantó de nuevo muchas veces otra de las encantadoras canciones del antiguo himnario.

*¡Dímelo tú, a quien ama mi alma!
¿Dónde apacientas tu rebaño?
¿Dónde sesteas al mediodía?
Pues, ¿por qué he de andar errante?
¿Por qué entre otros voy vagando todavía?*

*Si no lo sabes, oh hermosa entre las mujeres,
Ve, sigue las huellas de mi rebaño,
Ve y haz todo lo que tu alma ansía.
Apacienta junto a mí con los placeres,
De ser para mí, como yo para ti, una dulce compañía.
(Cantares 1:7-8)*

Luego cayó rendida en un profundo sueño.